

ña de otros mudos, permanece mudo é idiota. Así, pues, el hombre, en el estado de naturaleza pura, habiendo nacido mudo forzosamente, no inventaría jamás la palabra y permanecería en el estado de naturaleza pura. Luego, el mono permanecerá eternamente mono, sin llegar jamás á ser hombre. *Mentita est iniquitas sibi...* Todo confirma, por lo tanto, y nada niega esta grande afirmacion de José de Maistre en sus *Veladas de San Petersburgo*: «El hombre degenerado sólo puede haber caído de lo alto, de un estado primitivo de sabiduría y de ciencia. El fenómeno del lenguaje atestigua mejor que todo monumento de la tradición, las luces que rodearon la cuna de la humanidad. Si, sobre este punto del origen del lenguaje, como sobre muchos otros, nuestro siglo ha desconocido la verdad, es que tenía un miedo mortal de encontrarla. Las lenguas tuvieron su principio; pero la palabra jamás, ni aun con el hombre. La una precedió naturalmente á la otra, puesto que la palabra sólo es posible por el Verbo. Toda lengua particular nace, como el animal, por vía de explosion y de desenvolvimiento, sin que el hombre haya pasado jamás del estado de *afonia* al uso de la palabra. El hombre ha hablado siempre, y es con una sublime razon que los hebreos le denominaron alma parlante.» (*Veladas de San Petersburgo*, tomo 1.º, pág. 121.)

La creacion del hombre en el estado perfecto, adulto y social, es, pues, una verdad científica, así como un dogma revelado; sobre este punto, lo mismo que sobre todos los demás, la ciencia y la revelacion hállanse plenamente de acuerdo. La pretendida aparicion del hombre sobre la tierra en el estado de naturaleza pura es una asercion meramente gratuita y mentirosa. Dicha asercion es abierta é invenciblemente desmentida ya por los hechos, ya por la historia, ya por el raciocinio. El afirmar que el hombre primitivo no hablaba y que era inferior á los salvajes mismos, es una desverguenza y una necesidad lamentables!

Creacion de la mujer, compañera del hombre. «Entre todos

«los seres que habia pasado en revista y llamado por su propio nombre, Adán, dice el relato ingenuo del *Genesis*, «no habia hallado una compañera semejante á él. Mas «Dios hizo que cayera en un profundo sueño. Cuando estuvo dormido, Dios tomó una de sus costillas, llenó el vacío con carne, y de la costilla extraída formó un cuerpo, en el cual infundió un alma racional, y «crió á la mujer dotada de los mismos beneficios que aquel, elevada «como él al estado sobrenatural y perfecto.» Ella fué el «primer objeto que Dios presentó á Adán, al despertar, «instruyéndole sobre la manera como ella habia sido formada, y enseñándole que era una parte de él mismo. A «esta relacion y á esta contemplacion, Adán exclamó: Hé «aquí el hueso de mis huesos y la carne de mi carne.» Formada de una costilla del hombre, y no siendo en cierto modo más que una misma persona con él, la mujer no tendrá de ninguna manera un nombre diferente del suyo; á lo cual el Señor añadió: «Por esta razon el hombre abandonará á su padre y á su madre; él se adherirá á su esposa, y serán dos en una sola carne.» Luego, dirigiéndose directamente á aquellas dos nobles criaturas, destinadas á ser imágenes sobre la tierra y los autores del linaje humano, les bendijo, diciéndoles: *Creced, multiplicaos, llenad toda la extension de la tierra, y sometedla á vuestro imperio!*

Ante la creacion de la mujer, la ciencia permanece muda por completo: ella es impotente para explicar la aparicion simultánea de un primer hombre y una primera mujer.

Si el hombre es el resultado del trabajo de la naturaleza impersonal é ininteligente, ¿cómo y por qué dicho trabajo hubiérase manifestado, pues, por medio de una dualidad misteriosa?

Si el hombre nació de un mono, ¿por qué y cómo la hembra predestinada del mono antropógeno, que es uniparo, hubiera concebido á la vez dos seres humanos varon y hembra? ó bien, si ella parió un varon en primer lugar

y luego una hembra, ó viceversa, ¿cómo estos dos primeros séres pudieron, pues, encontrarse y adivinarse en el tiempo y en el espacio?

Bien claro se ve; fuera de la doble creacion referida por el *Genesis*, todo es forjar hipótesis extravagantes, tragar absurdos tan grandes como montañas, etc.

Voltaire no podia explicarse de ningun modo que se hubiera podido arrancar á Adán una de sus costillas sin que él se apercebiera de ello. Esa es aun una de las objeciones que el siglo XVIII debía legar al siglo XIX, para que éste la pulverizara. Voltaire hoy veríase reducido á sostener que es superior al poder de Dios el ocasionar un sueño tan profundo como el que produce el éter ó el cloroformo, que vuelve el cuerpo humano insensible á las más crueles operaciones de la cirugía y durante muchas horas!

La extraccion de la costilla de Adán, pues, una realidad ó, como lo admitia el cardenal Cayetano, no es más que un símbolo? Antes de responder á esta pregunta, atestigüemos ó recordemos el carácter especial, necesario é invariable de las operaciones divinas, en cuanto ellas conciernen al hombre. Dichas operaciones son como esencialmente una mezcla de grandeza y de pequeñez, de infinito y de finito, de sublime y de rastrero, en términos de asombrar y desalentar á la vez todo entendimiento humano. Dios cria al hombre á su imagen y á su semejanza; mas él forma primeramente su cuerpo con un poco de barro, y en seguida lo anima con su soplo divino. Dios crió á la mujer semejante al hombre y semejante á él; mas esto lo ejecuta despues de haber confeccionado su cuerpo con una porcion de hueso! Dios sujeta al hombre y á la mujer á una prueba decisiva y solemne, que pone en compromiso su eternidad, tomando por intermediarios ó por agentes, un árbol, una manzana y una serpiente! Jesucristo vuelve la vista al ciego de nacimiento, mas no sin haber frotado antes sus párpados con un poco de barro desleido en saliva, etc., etc. Tantas cuantas veces eleva ó engrandece al hombre, Dios se place en empuñecerle

y humillarle; y menester es que el hombre tome su resolucion. Cayetano olvidaba ó desconocia ese carácter esencial de las obras divinas, cuando decia: ¿qué inconveniente podia haber en que los objetos se hubieran presentado á los ojos de Adán, durante su misterioso dormir, del mismo modo que se ofrecen á los nuestros en las ilusiones de un sueño? Para la mayor parte de los Padres y de los teólogos, lo mismo que en la interpretacion comun de la Iglesia, la extraccion de la costilla y la formacion del cuerpo de la compañera del hombre con dicho fragmento del costado, son unas realidades divinas y milagrosas, ante las cuales nuestra inteligencia debe inclinarse. Empero, si no se quisiera ver en ello más que una alegoría ó un símbolo, fuera preciso, al menos, convenir con Voltaire mismo, que dicha alegoría *constituye un admirable punto de partida respecto de la divina y tierna enseñanza de la concordia que debe reinar en el seno del hogar doméstico, del afecto profundo que debe estrechar las almas de los esposos inseparablemente unidas*. La unidad primera de los dos cuerpos ordena y exige la union íntima de las dos almas. El hombre andrógino de Platon es una figura análoga, pero más refinada y menos verosímil y elocuente.

Séame permitido, pues, insistir sobre las conclusiones morales, tan naturales y sabias, que el gran san Pablo saca de la manera con que fué creada la mujer! Hoy nos hallamos en pleno acceso de fiebre delirante; proclamamos en alta voz la emancipacion absoluta y definitiva de las compañeras del hombre. Las mujeres del siglo décimo nono, estimuladas por sus señores y maestros aspiran á ser en todo sus iguales, á compartir todas sus funciones y sus privilegios, á hacerse electores, legisladores, profesores, médicos, abogados, etc., etc.; y ¿por qué no fueran ellas igualmente, como antiguamente en el Ponto, y como hoy en el Dahomey y el África meridional, Amazonas, guardias de corps y soldados? En Francia é Inglaterra, lo mismo que en Suecia y en América, las academias de medicina hállanse hoy abiertas á

las señoras (yo no oso decir á las mujeres; puesto que la soñada emancipacion debe ser, por lo visto, aristocrática!). Esta es una aberracion estraña, que, si llegara á arrastrar á un gran número de inteligencias, ocasionaria una revolucion fatal, seguida bien pronto de un sinnúmero de trastornos irreparables. Oigamos, pues, á san Pablo, cuya alma era tan santa, cuyo espíritu era tan elevado y cuyo corazon era tan bueno; pero cuyo carácter era asimismo tan firme. En su *Epistola 2.ª á Timoteo*, v, 2, dice: «Adán fué formado el primero, Eva despues. «Y Adán no fué engañado; mas la mujer engañada «prevaricó. Esto no obstante, se salvará por los hijos que «dará al mundo, si permaneciere en fé y caridad, en santidad y modestia. Que las mujeres aprendan, guardando «el silencio, y en una entera dependencia del hombre. Yo «no permito á la mujer que enseñe en la iglesia, ni que tenga señorío sobre su marido; su deber es obedecer en silencio.» Yo no permito á la mujer que enseñe dentro de la iglesia, ni fuera de la iglesia, á menos que no fuere en una clase de parvulillos. ¡Cuando la mujer sea doctora, ella cesará de ser madre, ó por lo menos será madre mucho peor! Cuando ella dé rienda suelta á su inteligencia, será en detrimento de su corazon, y esta transformacion será siempre fatal. Ved, si no, las mujeres que enseñan y peoran en medio de nosotros, sea en los libros, sea en las reuniones públicas, las mujeres sabiondas del tiempo actual, cuyos nombres se hallan en todos los labios. Para ellas, la emancipacion de su sexo háse convertido forzosamente en la emancipacion de la verdad, de la justicia, de la caridad. Para no hablar más que de una sola citaremos á madama Clemencia Royer, de la cual el venerable Darwin se queja tan amargamente y con tanta razon! ¿Qué resta, pues, de la mujer en esta insurreccion desatinada contra la piedad cristiana; en ese llamamiento implícito contra el esterminio de la debilidad y la fragilidad humana? Pues bien; en la obra titulada *Del origen de las especies*, primera edicion, prefacio, pág. LVI, léese: «La

ley de la eleccion natural, aplicada á la humanidad, manifiesta con sorpresa y dolor cuán falsas fueron hasta aquí nuestras leyes políticas y civiles, lo mismo que nuestra moral religiosa. Basta hacer resaltar uno de sus menores defectos, es la exageracion de esa piedad, de esa caridad, de esa fraternidad, en la cual nuestra era cristiana ha buscado siempre el ideal de la virtud social: es la exageracion de la abnegacion misma, cuando esta consiste en sacrificar, siempre y en todo, aquello que es fuerte á aquello que es débil, los buenos á los malos, los seres bien dotados intelectual y corporalmente á los seres viciosos y enclenques. ¿Qué resulta de esa proteccion esclusiva ininteligente concedida á los débiles, á los enfermizos, á los incurables, á los malvados mismos y á todos los desgraciados de la naturaleza? Resulta que los males que les aquejan tienden á perpetuarse y multiplicarse indefinidamente; que el mal aumenta en vez de disminuir, y que tiende á acrecentarse á espensas del bien. ¿Cuántos no existen de esos seres incapaces de vivir por sí mismos, que pesan con todo su peso sobre brazos válidos, y que, en la sociedad en cuyo seno languidecen, como una carga para sí mismos y para los demás, ocupan por sí solos ante el sol más espacio que tres individuos bien constituidos? En tanto es ello así, que estos últimos hubieran vivido no solamente llenos de vigor para atender á sus propias necesidades, sino que aun hubieran producido una suma de goces superior á la que ellos hubieran disfrutado ó absorbido! ¿Se ha pensado jamás seriamente en eso? ¡No! Para pensar en ello era menester una mujer emancipada, desatinada, que se despojara lo suficiente del pudor de su sexo para atreverse á hacer un crimen de la reserva de las costumbres, de limitar la accion social y productora á las mujeres bien nacidas y bien agraciadas, y por medio de esa inactividad misma y la molición que es su consecuencia, ocasionar poco á poco su aniquilamiento. ¿No es eso acaso bastante abominable, y no es este el caso de esclamar de nuevo:

«Yo no permito á la mujer que enseñe... su obligacion es obedecer en silencio!» Dios (otros dirán en su ceguera, *la naturaleza*) ha querido que la mujer fuera siempre niña y que estuviera siempre, al menos periódicamente, enferma. Pues bien, á los niños y á los enfermos no se les emancipa. Y en ese estado de cosas el someter á las mujeres, y á las jóvenes doncellas sobre todo, á unas pruebas públicas, es hacerse *virginicida*. Hé aquí lo que yo escribí hace veinticuatro años sobre el asunto: «Hallábase en Versalles cuando en 1845 las jóvenes aspirantes al título de institutrices fueron allí á sufrir sus rigurosos exámenes. Estos duraron cinco días mortales. ¿Sábese bien acaso lo que esto representa en la vida de una joven, para quien el periodo de la debilidad sucede bruscamente al periodo del vigor, el cual á su vez subsiste durante algunos días? Añádanse á esa organizacion fisica delicada las emociones harto vivas del pudor, de la timidez, del temor, de la esperanza, de la desesperacion, y se experimentará, como experimenté yo mismo á la sazón, una impresion desgarradora de amargo dolor y de compasion profunda que no se borrará jamás.» (*Principios fundamentales segun los cuales deben resolverse en los momentos presentes estas dos grandes cuestiones: 1.º De las relaciones de la Iglesia y del Estado; 2.º de la libertad de enseñanza. Paris, Mellier hermanos, 1845, pág. 64 y 66.*) Los exámenes de diplomas y de títulos, etc., no deben ni pueden ser para todos, para la juventud entera, sobre todo para la mujer, más que unos exámenes de fin de año en los institutos mismos donde han estudiado. Los concursos públicos de la Sorbona, de los municipios y de las prefecturas, son una barbarie inescusable.

El paraíso terrenal y la edad de oro.

Génesis, cap. II y III.—El Señor habia plantado desde el principio un jardín de delicias; en él colocó al hombre que habia formado. Hizo brotar de la tierra toda suerte de ár-

boles agradables á la vista y cargados de frutos sabrosos al paladar... Y les dijo: *Los frutos de estos árboles y los de las plantas que aquí veis serán vuestro alimento; podeis comer sin temor alguno de todos los frutos de este jardín á excepcion de uno solo.* En aquella morada misteriosa y llena de delicias, Adán y Eva gozaban de una felicidad perfecta. Su grande ocupacion consistia en admirar las maravillas que les rodeaban y en bendecir al Autor de ellas. Su trabajo era fácil y ligero; era más bien una distraccion agradable: solo era cuestion de cooperar á la produccion de los frutos y de las flores, de coger de la planta ó del árbol el fruto que embelesara sus ojos, etc., etc. Empero si profundizamos más dicho relato, hallamos en él la relacion de algunas verdades fundamentales respecto del hombre primitivo: 1.º un centro único de creacion; 2.º un periodo inaugural de dicha sin alternativa, ó sea una edad de oro; 3.º la verdadera naturaleza del hombre bajo el punto de vista del régimen alimenticio. ¿Podrán esas tres verdades ser desmentidas por la ciencia? Apresurémonos á responder que no; puesto que, por el contrario, ellas han recibido por parte de la ciencia una confirmacion plena y cabal.

1.º *Centro único de creacion.*—La realidad de este hecho será rigurosamente demostrada, cuando trataremos de la unidad de la especie ó de la familia humana. En todas partes, en las divinas Escrituras, Adán es proclamado el solo autor del género humano; y Adán dió solemnemente á su compañera el nombre de Eva para significar que ella seria la madre de todos los vivientes. (*Génesis, cap. III, v. 20.*)

Si, como lo hemos probado superabundantemente, es imposible explicar por la sola accion de las fuerzas de la naturaleza, por las generaciones espontáneas, por la trasformacion, la trasmutacion y la evolucion de las especies, la aparicion de un solo par humano, absurdo fuera el afirmar la aparicion simultánea de muchos pares á la vez. Y por otra parte, ¿qué necesidad habia de muchos pa-

res, cuando uno solo bastaba plenamente para llenar la tierra? Si se trata sobre todo de la naturaleza ciega, del simple juego de las fuerzas naturales, una de sus grandes leyes es el *minimum* de acción y también la necesidad de acción. O la naturaleza no hubiera hecho más que un solo par, ó un número indefinido de pares. En tal caso, llegado el momento, una vez terminada la acomodación de los centros, la tierra hubiérase visto poblada de hombres como por encanto. Pues bien, esa población instantánea del mundo entero hállase completamente desmentida por los hechos de la naturaleza y de la historia.

En todo caso, á los partidarios de los centros múltiples de aparición del hombre, es á quienes toca demostrar (lo cual no harán jamás) la necesidad ó la realidad de los mismos. Un joven antropologista que sueña respecto del hombre en la antigüedad más remota, y que concede acta de fé al hombre terciario, M. Hamy, decía en marzo último, en una lección en la Sorbona: «Algunos antropologistas, anticipándose á los hechos, han inferido, un tanto prematuramente en mi opinión, que el género humano, como tantos otros géneros, nació á la vez sobre muchos puntos del globo... Los centros supuestos independientes que, en su fauna terciaria, contaban algunos individuos más ó menos numerosos, pertenecientes al género hombre, pudieron haberse comunicado unos con otros, y por consiguiente, el hombre mioceno pudo, con el auxilio de un puente formado por una tierra que hoy ha desaparecido, extenderse hasta América. La existencia de comunicación terrestre, en una época muy remota, entre el antiguo y nuevo mundo, fué afirmada á menudo en la antigüedad; por largo tiempo creyóse en un vasto continente, la *Allantida*, hoy sumergida... La existencia de una Allantida terciaria nos ha sido revelada por los trabajos más recientes de los paleontologistas y de los geólogos franceses, por la identidad específica de cierto número de individuos de las floras y faunas de entrambos continentes, americanos y europeos, conchas,

insectos y vertebrados, por la presencia, en España, de grandes depósitos lacustres, que no pueden explicarse más que por la existencia de algunos ríos inmensos que desaguaron durante un espacio de tiempo considerable en aquellos vastos receptáculos. Y dichos ríos suponen por sí mismos algunos vastos continentes, que no pueden ser otros que el continente atlántico entre la España, la Irlanda y los Estados-Unidos. Y ese continente fué el que formó un puente entre el Asia y la América oriental, como pretenden MM. Asa-Gray y Olivier, para las emigraciones más ó menos lentas de las plantas, de los animales y del hombre mismo, en los países americanos. Que las emigraciones siguieran dicha vía, como creen MM. de Verneul y Collomb, ó bien que ellas se efectuaran por medio de una comunicación terrestre entre el Asia y la América oriental, como opinan MM. Asa-Gray y Olivier; ó finalmente que ellas tuvieran lugar en general, como cree M. Carlos Darwin, por las partes septentrionales del antiguo y del nuevo continente, casi continuamente unidos por algunas tierras que pudieran servir de puentes, pero que luego el frío hizo impracticables, poco importa para la solución de nuestro problema. El hombre luchando con groseros instrumentos contra el poder de la naturaleza, pudo haber franqueado lentamente las distancias sobre un suelo continuo. *El argumento que algunos se apresuraron á invocar en favor del poligenismo pierde por ahí todo su valor.* Es, pues, una verdad que la multiplicidad de los centros de creación no se halla de ningún modo demostrada. Si he hecho esa larga citación, ha sido para atestiguar que la semi-ciencia ama mejor acumular las hipótesis y los ratiocinios más inverosímiles que aceptar espontáneamente una tradición evidente y palpable, brillante como un faro de primer orden, inquieto por haber arrebatado al poligenismo uno de sus argumentos, M. Hamy añade: «*La doctrina de la pluralidad de las especies humanas cuenta afortunadamente con unos argumentos más sólidos y*

«con defensores más hábiles que aquellos dos que acabamos de hablar.» ¡Afortunadamente! este adverbio describe harto claro las disposiciones de nuestros adversarios: Para ellos es una necesidad y una dicha el desembarazarse de la doctrina tan cierta, tan humanitaria y tan consoladora, del *monogenismo*, y del *monogenismo* divino. Lo que se tiene necesidad de buscar y lo que ellos se consideran mil veces dichosos de encontrar, no es ciertamente la verdad, es la negación, y, en consecuencia, la negación, de la verdad. Por otra parte, si el poligenismo es cierto, si hubo muchas especies humanas, habrá debido haber necesariamente muchos centros de apariciones. ¿Por qué combatir, pues, su multiplicidad? Empero, está escrito que el error se desmentirá siempre a sí mismo; y que la mentira a su vez abogará por la causa de la verdad.

2.° *La edad de oro.*—El Eden, el jardín de delicias, morada del hombre inocente y feliz, se ha conservado en el recuerdo de todos los pueblos; y ese recuerdo unánime, dice M. Renan, «estriba en algun rasgo general de la condición de la humanidad, ó en algunos de sus instintos más profundos.» (*Historia de las lenguas semíticas*, pág. 475.) Puesto que el hombre en su creación fué dotado de las cualidades más excelentes respecto de la inteligencia, del corazón y del cuerpo, puesto que vivió en una morada deliciosa, embellecida por una primavera perpétua, ¿cómo no hubiera sido completamente dichoso? ¿cómo la humanidad no hubiera principiado por la edad de oro? Afirmando por la Biblia, esa edad de oro hállase en las leyendas de la mayor parte de los antiguos historiadores y de los poetas. «La edad de oro, dice Ovidio, nació la primera... La tierra inculta sin ser atormentada por el rastrillo, ni desgarrada por el arado, todo lo daba de sí misma. El hombre, satisfecho de los alimentos que la naturaleza le ofrecía sin esfuerzo alguno, cogía los frutos del madroño y del cornizo, la fresa de los montes, la mora salvaje que crece en la zarza espinosa y las bellotas que caen del árbol de Júpiter. Era aquel el reinado de una primavera

eterna. Los dulces céfiro animaban con su fresco ambiente las flores abiertas sin semilla. La tierra, sin el auxilio del arado, producía de ella misma abundantes cosechas. Por los campos corrían fuentes de leche y ríos de néctar, y la corteza de la encina destilaba la miel como bienhechor rocío.» (Ovidio, *Melamórfosis*, lib. I.)

El paraíso y la edad de oro del poeta romano no son ciertamente los del *Génesis*; pero sus versos no son menos unos testimonios irrefragables de la tradición antigua. Los libros sagrados de los chinos, el *Yking* entre otros, se aproxima más á la verdad: «Al principio, dice, el cielo y la tierra escogieron el lugar que les conviene; la tierra hallábase sometida al cielo, y el cielo protegía á la tierra. Había una incesante y tierna correspondencia entre uno y otra. El año discurría sin esa desigualdad de estaciones que hoy se experimenta; dichas estaciones formaban como una eterna primavera (1); no había lluvias violentas, ni truenos, ni vientos impetuosos; los dos elementos que componen las cosas materiales hallábanse en una consonancia perfecta; todas las partes del universo conservaban entre sí un concierto inalterable; el sol y la luna, sin tinieblas y sin manchas, brillaban con pura y radiante luz; los cinco planetas seguían sus cursos sin desvío alguno. El hombre, habitante de un mundo tan ordenado y magnífico, nada veía que no contribuyera á satisfacer sus deseos: unido por dentro á la razón soberana, ejercía la justicia por fuera; sin que tuviera nada de falso en su corazón, disfrutaba de un gozo siempre puro y tranquilo; sus acciones eran sencillas y su conducta sin artificio alguno. El cielo le ayudaba á acrecentar sus virtudes, y la tierra producía por sí misma con abundancia, proporcionándole una vida deliciosa.

(1) Solamente despues del diluvio, *Gén.*, VIII, 22, es cuando se dice: «Durante todos los días de la tierra las sementeras y las cosechas, el frío y el calor, el verano y el invierno, el día y la noche, no cesarán jamás de sucederse regularmente.

Los séres vivientes no tenían que temer la muerte, y las criaturas no se dañaban mutuamente. Los animales y los hombres vivían en una especie de amistad; el hombre no pensaba en hostigarlos, y estos por su parte no podían hacerse mal alguno. El hombre habitaba un lugar delicioso; era la morada de los inmortales.» (El abate Bertrand, *Diccionario de las religiones*, pág. 234.)

¿Con qué derecho, pues, se admitirá el hombre primitivamente salvaje de Horacio y de Lucrecio, y se negará el hombre primitivamente dichoso en el paraíso terrestre de Ovidio y de la tradición de todos los pueblos? Y cómo, en presencia del testimonio irrecusable de los libros sagrados, se podrá desechár razonablemente esa conclusion tan natural y verdadera? Si, el primer hombre fué perfectamente feliz; mas su felicidad no fué de larga duración. Pronto dió lugar á una dicha relativa y muy impregnada de dolores, á la dicha de Adán culpable, decaído; pero arrepentido, reanimado por la solemne promesa de un Redentor, condenado á regar la tierra con sus sudores y lágrimas, y á ver su corazón violentamente desgarrado por el homicidio del inocente Abel, su hijo muy querido. Dicha felicidad relativa, que el hombre mereciera perder por haber dado rienda suelta á sus depravados deseos y á sus pasiones, dió lugar al aniquillamiento del género humano casi todo entero por la catástrofe del diluvio. Luego vinieron la confusion de las lenguas, la dispersion y la caída para la mayor parte de la posteridad de Noé en el estado salvaje y en la barbarie. Así es como la edad de oro puede haber sucedido á la edad de piedra! Las tradiciones que han hecho nacer al hombre primitivo en el estado adulto, social y perfecto, son incontestablemente tan numerosas y respetables como aquellas que nos le muestran en el estado de dispersion y salvaje. Empero ¿por qué unas y otras no serán, en períodos diferentes, la expresion de la verdad, sobre todo cuando se hallan ambas refundidas en el monumento más antiguo y verídico de la historia de la humanidad? Bien claro

se echa de ver, pues; la síntesis gloriosa y vivificante hállase de parte de la revelacion; el análisis homicida y degradante, de parte de la ciencia increíble.

3.º *Régimen alimenticio del hombre primitivo.*—Así el texto del Génesis como la leyenda de Ovidio y de los libros sagrados afirman que el hombre se sustentaba exclusivamente de frutos, de los frutos de los árboles, de los arbustos y de las plantas que crecían, florecían y fructificaban espontáneamente en el jardín de Edén. Sin embargo, en las inteligencias al parecer más sensatas, existe una tendencia que aterra, y que más de una vez hemos indicado como un carácter evidente de la divinidad de la revelacion: es el alejamiento, el desden y aun la repugnancia ó la repulsion que ella inspira. M. Flourens no era abiertamente hostil á las sanas y santas doctrinas de la fé; mostrábase por el contrario favorable á ellas, ó por lo menos lisonjébase de tener por ellas un respeto sincero. Y no obstante, en hartas ocasiones, dicho señor ha desdeñado el invocar el testimonio de los libros santos. En su curioso libro de la *Longevidad de la vida humana* (in 18 mayor, Garnier hermanos, 1855, París), á esta pregunta: *¿Cual pudo ser el régimen natural y primitivo del hombre?* guárdase bien de responder con las divinas Escrituras: El hombre primitivo no fué carnívoro, ni herbívoro; sino frugívoro, lo cual, sin embargo, no le impide rendir á la revelacion un testimonio solemne, al formular, como si él la hubiera inventado, la verdad que ella enuncia tan claramente. En la página 126 dice: «Segun unos, el régimen primitivo del hombre fué el régimen herbívoro, y segun otros, el hombre ha sido siempre lo que hoy le vemos, es decir, á la vez herbívoro y carnívoro ó omnívoro. Hoy conocemos perfectamente, gracias á la anatomía comparada, las condiciones del régimen herbívoro y las del régimen carnívoro; siendo muy fácil de ver que el hombre no fué primitivamente ni herbívoro (al menos esencialmente herbívoro), ni carnívoro. El animal carnívoro tiene los dientes molares incisivos, el estómago simple y

les intestinos cortos. El leon, por ejemplo, tiene todos los dientes molares incisivos, el estómago estrecho y pequeño (el estómago del leon es casi un canal), y unos intestinos tan cortos, que la longitud de ellos es solo tres veces mayor que la del cuerpo. El hombre no tiene sus dientes molares incisivos; su estómago es simple, pero ancho; y sus intestinos son siete y ocho veces más largos que su cuerpo. El hombre no es, pues, naturalmente *carnívoro*... Tampoco es esencialmente *herbívor*. Él no tiene como el animal *ruminante*, por ejemplo, el animal *herbívor* por excelencia, dientes molares de corona alternativamente hneca y saliente, un estómago compuesto de cuatro estómagos, y unos intestinos, hasta veinte y ocho y cuarenta y ocho veces más largos que su cuerpo... Por su estómago, dientes é intestinos, el hombre es natural y primitivamente *frugívoro*... Mas una vez el hombre hubo hallado el fuego, una vez supo ablandar, enlenercer y preparar igualmente las sustancias animales y vegetales por medio de la coccion, pudo alimentarse de todos los séres vivientes y reunir juntamente todos los regimenes. El hombre tiene, pues, dos regimenes: un régimen natural, *primitivo, instintivo*, y por este es *frugívoro*; y un régimen *artificial*, y por este es *omnívor*...»

Esa es la ciencia verdadera, y esa ciencia verdadera es un himno á la gloria de la revelacion. Sin embargo, al decir que ese régimen *artificial omnívoro* era debido enteramente á la inteligencia del hombre, el ilustre profesor salia de la verdad y traspasaba los límites de la ciencia positiva! Cuando añadia, pág. 127: «El régimen frugívoro es el más desfavorable de los regimenes, porque obliga á los animales que se hallan sujetos á él á no abandonar los países en que ellos encuentran constantemente frutos, es decir, los países cálidos.» haciase, sin sospecharlo, el eco de un grande hecho bíblico. En efecto, en el momento mismo en que Dios arrojó al hombre del paraíso terrestre, en el cual los frutos no hubieran faltado jamás, muda de repente su manera de alimentacion. (*Gen.*, cap. III, v. 17 y

18.) «La tierra es maldita por tí; ella se cubrirá de zarzas y espinas. Tú te sustentará de las yerbas que ella hará germinar. Comerás tu pan con el sudor de tu rostro.» Las yerbas, los granos y el pan, hé aquí la segunda alimentacion del hombre; de frugívoro convirtióse en herbívoro. Sólo más tarde fué cuando Dios hizo al hombre carnívoro, y eso lo hizo en una ocasion tan memorable históricamente como científicamente misteriosa. Todo parece indicar que antes del diluvio, la atmósfera terrestre era muy diferente, en su naturaleza ó en su composicion, de lo que es hoy; ella era probablemente mucho más rica en carbono y más pobre en oxígeno. Sólo despues del diluvio fué cuando ella se halló tal como es en nuestros días. Pues bien, ¿no es acaso natural el creer que, despues de esas variaciones profundas, los alimentos ó sustancias no azoadas, los frutos, las yerbas y los granos dejaron de ser suficientes, sobre todo desde el momento en que el hombre, empeñado en una lucha más ardiente contra la naturaleza, debia llevar una vida incomparablemente más activa y laboriosa? No fué por esta razon que Dios, en su Providencia tan paternal, apresuróse á decir á Noé al salir del arca (*Genesis*, cap. IX, v. 3): «Todo lo que se mueve y vive sobre la tierra os servirá en lo sucesivo de sustento; yo os lo entrego lo mismo que os he entregado las yerbas y las legumbres verdes? Yo hago solamente una excepcion: no comeréis la carne con la sangre de los animales.» ¿Por qué esa reserva? Sin duda alguna fué hecha, en parte al menos, para que el hombre, sustentándose con la sangre de las bestias, no llegara á tener sed de la sangre de sus hermanos, puesto que Dios añade inmediatamente: «De cualquier modo que la sangre del hombre fuere derramada, por un animal, por su semejante ó por su hermano, yo le vengaré.»

Para todos aquellos que se dignen reflexionar sobre ello, dicha gradacion y sucesion de regimenes alimenticios, frugívoro al principio, herbívoro despues, y carnívoro por último, ú omnívoro, en una época en que la at-

mósfera, habiendo sufrido modificaciones profundas, los temperamentos se han notablemente debilitado, y se hace necesaria una alimentacion á la vez más carbonada y azoada, es un hecho altamente científico y muy digno de atencion. Tal hecho no ha sido, sin embargo, mencionado hasta aquí; tan cierto es que la sagrada Biblia es aún harto ignorada.

Después de haber tratado de la cuestion de alimentacion, y para no tener que ocuparnos más de ella, pasemos á la cuestion connexa ó inmediata, y no menos interesante que aquella, de la longevidad humana. Con el régimen frugívoro del paraíso terrenal, y si no hubiera prevaricado, el hombre debía ser inmortal. Después de su caída, y bajo el régimen herbívoro, pero con una atmósfera probablemente muy carbonada y poco oxigenada, la vida del hombre es aun algunas veces de nuevecientos años. Después del diluvio, en fin, bajo el régimen carnívoro ú omnívoro, en el seno de una atmósfera más rica en oxígeno, un decreto divino reduce el máximum de la vida humana á *ciento veinte años: erunt dies illius centum viginti annorum*; lo cual no impide que muy accidentalmente un máximum extremo pueda llegar cerca de doscientos años. Empero, al mismo tiempo la revelacion nos enseña por la boca del Rey profeta, salmo XIX, v. 7, que el número regular de los dias del hombre sobre la tierra es de setenta años; que los potentados de la humanidad pueden llegar á ochenta años; y que más allá de esta edad no hay más que trabajos y dolor. *Dies hominis super terram septuaginta anni, et in potentatibus octoginta anni, amplius eorum labor et dolor.*

Esas breves palabras dicen más que el tratado de la *Longevidad humana* de M. Flourens, que no se ha dignado citarlas. ¿Era posible que las ignorara? En todo caso, ellas son la expresion de la tesis que él sostenía, bien que exagerándola, casi hasta el punto de hacerla ridícula; y sólo los decretos divinos dan la razon de este hecho misterioso formulado por Buffon: «La duracion de la vida no depende del clima, ni de los alimentos, ni de la raza: no depende

de nada exterior, sino solamente de la constitucion íntima y, si así puedo expresarme, de la virtud intrínseca de nuestros órganos.» Solo aquel que conocía nuestra naturaleza, *ipse cognovit figmentum nostrum*, pudo decretar que el máximum de la vida humana sería de ciento veinte años, y su vida probable de setenta años.